

Las doctrinas nacidas de las más nobles inteligencias, arrástranse, languidecien y deshonradas, en el lodo del politeísmo, y sin embargo, ese pobre hombre anuncia que la humanidad va á tomar á lo serio, su nombre, su doctrina y la sociedad que se propone establecer.

Nada extraño sería que El muriese víctima de su enseñanza; esto no carece de ejemplo: así murió Sócrates.

Pero anunciar que el género humano ha de perseguir á todos aquellos que hagan profesión de pertenecerle, esto es una presunción que casi llega á la locura.

Y tanto más cuanto que sus seguidores no disponían de medios para defenderse, como los que propagaran la doctrina de Mahoma.

Lejos de ello, Cristo los envía hasta sin báculo sin manto y como ovejas en medio de lobos.

Es como si hubiera dicho que su nombre era oscuro, que su doctrina era ignorada, que reprobaba toda violencia, que no quería triunfar más que por la dulzura, la prudencia y la sencillez.

Y, sin embargo, en ese nombre oscuro, en esa doctrina ignorada, en esa dulzura y prudencia, había una revolución sangrienta en que habían

de ser víctimas los propagadores de su nombre y de su ciencia.

Fundar las esperanzas del triunfo de una empresa en la muerte de los que han de realizarla, ó es locura ó es un acto divino.

¿Quién tendrá que decidirlo?

Nadie mejor que la historia, nadie mejor que el cumplimiento de la predicción.

Las lúgubres advertencias del Salvador fueron otros tantos oráculos que se cumplieron á la letra, mediante una carnicería de trescientos años.

El mundo se embriagó de furor y de odio: los apóstoles murieron en la sangre y sus sucesores murieron en la sangre. Las primeras generaciones cristianas murieron en la sangre. Los judíos y los gentiles mataron á los perseguidores del Galileo; los gobernadores y los reyes mataron á sus súbditos; la familia mató á la familia, á causa de Cristo, por el nombre solo de Cristo, hasta que la cruz del *Labarum*, convertida en el estandarte del Imperio, á la palabra de Cristo, *ego vici mundum* respondió con esta otra, *in hoc signo vinces*.

La sangre de los mártires es, entonces, un testimonio irrecusable, una prueba evidente de la divinidad de Cristo y de la divinidad de la Iglesia,

porque el martirio es un hecho divino, es el cumplimiento de un oráculo divino.

Pero el martirio es, además, hecho divino, por que es el acto de un valor sobrehumano, es decir, es un valor divino.

Los enemigos de la Iglesia, no lo consideran así; juzgan que las causas del martirio pueden encontrarse y se encuentran, sin duda, en el amor de la gloria, en la esperanza de la felicidad, en la exaltación del fanatismo.

Cierto es que el espectro de la gloria, es un poder que obra vigorosamente sobre el corazón del hombre; verdad es que hay en el fondo de nuestra naturaleza una debilidad, algunas veces noble y generosa, que se deja fascinar por la perspectiva de un grande porvenir.

Dios mismo que conoce el extraño misterio de nuestras pasiones, no nos rehusa que oprimamos ese resorte para ayudarnos á salir de las esferas vulgares.

Bajo su impulso aparecen hombres como aquél que dijo: "Soldado, cuarenta siglos te contemplan; mira el sol de Austerlitz."

Y ante la imagen radiosa y santa de la patria, que se presenta sobre el campo de batalla con las

manos llenas de coronas para los vencedores, corren los hombres á derramar su sangre, buscando la gloria que ceñirá su frente.

La emoción, la esperanza, el honor, la gloria, la inmortalidad, hacen del soldado un héroe.

Este espectáculo, no se presenta ante los ojos de nuestros mártires.

Muchos de ellos ya estaban satisfechos de la gloria humana, muchos de ellos llevaban en sus venas sangre de Césares, muchos de ellos descendían de familias ilustres, patricios, senadores, guerreros, que habían subido en triunfo hasta el Capitolio: su gloria estaba asegurada; no tenían que buscarla.

Y ellos, tan honrados y tan gloriosos, eran despreciados por sus jueces, insultados por el pueblo perseguidos por la compasión y por el odio, tratados como criminales ó como locos, y así marchaban sin vacilación á una muerte segura.

Eran despedazados, quemados, desollados y aun en medio de sus dolores, no se les respetaba al verlos padecer, sólo se escuchaban las risas del populacho, los aplausos frenéticos de un pueblo que celebraba el triunfo del león y de la pantera.

No les alentaba, para derramar así su sangre

con tanto denuedo, la esperanza de una admiración póstuma: suprimido el elemento sobrenatural que debía alentarlos, en lo humano no podían esperar más, sino que sus hermanos recogieran sus miserables restos.

Aun el elemento sobrenatural no podía ser para ellos una esperanza de gloria, que tan poderosamente los llevase al martirio; porque las austeras máximas sobre la humildad, les prohibían tener en cuenta las vanas y estériles compensaciones de un porvenir más ó menos lejano.

Y así sucedió: muchos mártires han quedado para siempre olvidados: sus cadáveres eran recogidos de prisa y ocultados: sus nombres se perdieron para el mundo; sólo Dios los conoce.

¿Podría, entonces, decirse que el martirio tiene por causa el amor de la gloria humana?

Y sin embargo, los mártires hacían de esta humillación, su gloria y su triunfo: dos frases de Tertuliano nos revelan el pensamiento grandioso que anidaba en el corazón de los mártires: Este es nuestro traje de victoria, decía Tertuliano, hablando de los cuerpos despedazados de los mártires; este es el carro en que triunfamos *Hæc est palmata vestis, tali curru triumphamus.*

Al fin de esta humillación había, sin duda, una esperanza, estaba el cielo; pero este bien que los mártires columbraban, ¿podía ser bastante para que pudieran vencer los atroces dolores de que tan fácilmente se podían libentar?

La experiencia diaria nos lo enseña: el bien que nos seduce con seguridad, el bien que entra más profundamente en el lado vulnerable de nuestro corazón, es el bien de que se puede gozar desde luego. Un bien lejano, no es el que obra tan poderosamente sobre el alma. Y sin embargo, ese bien lejano ha obrado el grande prodigio que llamamos el martirio.

Ellos jamás dejaron escapar, de sus dedos torturados, el pequeño grano de incienso que se les pedía, para quemarlo en honor de los dioses y libertarlos de los tormentos.

No puede, entonces, decirse que la esperanza de la felicidad hubiera sido la causa que los llevara á sacrificios tan heróicos. La felicidad lejana, como hemos dicho, nunca obra tan poderosamente sobre el corazón del hombre.

Menos puede decirse que la exaltación del fanatismo sea la causa del martirio.

El martirio no era el acto de un momento era el acto de una vida.

El cristiano de la primitiva Iglesia estaba envuelto en las redes del paganismo.

Las fiestas religiosas y civiles, las artes, las profesiones, el lenguaje popular, el matrimonio, la esclavitud, la magistratura, la milicia, eran otras tantas redes en que, de un momento á otro podía caer el cristiano.

Aun llegada la hora fatal, no era para él el fin de sus dolores.

Largos días de prisión, interrogatorios y, á menudo, suplicios que duraban semanas y aun meses enteros.

El genio del odio había sabido encontrar lo más exquisito para torturar al mártir

El agua, el fuego, la madera, el hierro, las bestias domadas, todo se prestaba á crueldades indecibles.

La familia misma era un instrumento de suplicio que, sin desgarrar la carne, desgarraba el corazón del mártir.

¿Puede decirse que la imaginación exaltada por el fanatismo, fué la que hizo por sí sola, que los

mártires resistiesen á suplicios tan prolongados y tan espantosos?

Pero aun hay más; aun cuando alguno pudiera haber ido al martirio exaltado por el fanatismo, una muchedumbre no podía ser víctima de esa pasión.

La historia mil veces nos ha enseñado lo que es una multitud excitada por el fanatismo.

El soplo ardiente de la revolución pasa, el pueblo lo recibe como el viento quemante del desierto. Extiende sus músculos, sacude su crín, mira con ojo colérico un trono mal asentado, lo echa por tierra, lanza un grito de triunfo, mata á derecha é izquierda, se abreva de sangre.

Pasan algunos años; la mano de un déspota cae pesadamente sobre el cuello de la víctima, y bien pronto no se escuchan, á través de los hierros de su jaula, más que murmullos sin trascendencia.

Tal es en las multitudes la suerte del fanatismo, de la exaltación que ataca; ¿podría decirse que el fanatismo que sufre, tuvo el privilegio de durar más de trescientos años?

Preciso es, no obstante, confesar que había en el mártir una exaltación sin la cual se habría abandonado á las vergüenzas de la apostasía; pero

esa exaltación no era el fanatismo, era Dios que estaba presente, que estaba obrando en el mártir, allí estaba, sostenía su valor, cumplía el oráculo que había prometido sublimes respuestas á las interrogaciones de los Pontífices y de los Reyes.

Estéban lo veía en los cielos, Inés en su virginal corazón, Felicitas en sus miembros entregados al diente de las bestias. Esta mujer admirable sufría en su prisión los dolores que Dios ha prometido á las que dan á luz y lanzaba esos lamentos que anuncian al mundo el nacimiento de un hombre. «Si así te quejas, le decía el carcelero, ¿qué será mañana?» Felicitas, sin conmovirse, le respondió: «Aquí yo soy la que sufro; allá otro estará en mí, que sufrirá por mí, porque yo debo sufrir por El.»

Esta paciencia y esta acción que Dios pone en el mártir fueron observados más de una vez.

Los que iban por satisfacer su curiosidad á presenciar un martirio, decían, como lo advierte Lactancio, que la paciencia, sin Dios, no podía vencer tantos y tan grandes tormentos.

Dios estaba allí. La eficacia del martirio lo comprueba, porque Dios ha quedado dueño del campo de batalla contra todas las leyes que procla-

man, no la legitimidad, sino la soberanía de la violencia.

Han dicho algunos que si Dios quedó dueño del campo, es porque la mejor manera de propagar una doctrina es perseguirla.

El principio es falso, es contra el sentido común, y la historia misma se ha encargado de mostrar sus falsedades.

Las herejías primitivas, castigadas por una mano vigorosa, muy pronto desaparecieron de la superficie del mundo.

El protestantismo, donde había una mano de hierro, se retiraba con la cabeza baja.

Y si desde un principio, en lugar de la protección de los príncipes rebeldes, hubiera encontrado la atroz justicia de los Césares, no se hablaría hoy del protestantismo.

Preciso es hacer constar un fenómeno histórico, triste, humillante casi, para nuestra naturaleza: este fenómeno es la soberanía de la violencia, contra todo lo que no es sostenido por el Fuerte de los fuertes.

El martirio, es decir, el testimonio perseguido durante tres siglos con el tormento más atroz, es el que ha quedado dueño de la violencia.

Luego Dios estaba allí.

Luego el martirio es una prueba luminosa de la divinidad de Cristo.

LA DOCTRINA

DE LA IGLESIA PRUEBA LA DIVINIDAD DE CRISTO.

El Evangelio y la Iglesia son los testigos de una doctrina y de hechos maravillosos que se han realizado en medio del mundo.

Dios debe á su majestad, á su grandeza, no intervenir en la vida del género humano, por el ejercicio excepcional de su poder, sino para instruir y disciplinar á las almas.

Los signos extraordinarios que emplea, revelándonos su presencia, dan á su palabra una autoridad soberana que hunde á la razón en los abismos de lo incomprensible, sin que se arredre, y lleva á la voluntad hasta las cimas de la perfección, sin que la espanten las asperezas del camino.

Toda doctrina debe prestar su apoyo á los hechos extraordinarios que le sirven de introductores en el mundo, y para esto basta que la razón y la con-

ciencia no descubran en la doctrina nada de absurdo ni de inmoral.

Lo absurdo y lo inmoral son, dice el P. Monsabré, como manos fatales que arrancan á las falsas maravillas la máscara bajo la cual seducen nuestra credulidad, y nos hacen ver de ese modo su tenebroso origen.

Si, pues, la doctrina evangélica, predicada por la Iglesia, que es el gran testigo, está limpia de todo absurdo y de toda inmoralidad, es evidente que ella permite á las maravillas verdaderas el que obren sobre la razón con toda la fuerza que les es propia.

De manera que de las maravillas que sirven para introducir una doctrina en el mundo, hay, por decirlo así, una irradiación de luz sobre la doctrina, y al mismo tiempo la doctrina debe reflejar sobre ellas verdad luminosa y su moralidad irrepachable.

La doctrina de la Iglesia es una doctrina que maravilla y que asombra.

El primer carácter de esa doctrina es la plenitud, y la plenitud de una doctrina consiste en que responda, por principios ordenados entre sí, á todas las cuestiones que instintivamente se propone el entendimiento humano.